

SECCIO

070

N
NUEVO
BIBLIOTECA

LIBRANO

ILLUSTRAS

AL
PQ6070
66



1020027160



CAPILLA ALFONSO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



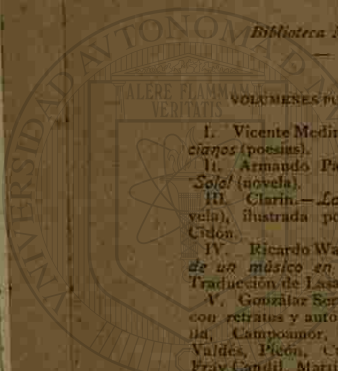
BIBLIOTECA MIGNONE

SILUETAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



Biblioteca Mignon.

VOLUMENES PUBLICADOS

- I. Vicente Medina. — *Sires murcianos* (poesías).
- II. Armando Palacio Valdés. — *Solo!* (novela).
- III. Clarín. — *Las dos cajas* (novela), ilustrada por Francisco de Cidon.
- IV. Ricardo Wagner. — *Historia de un músico en París* (novela). Traducción de Lasalle.
- V. González Serrano. — *Siluetas*, con retratos y autógrafos de Revilla, Campoamor, Clarín, Palacio Valdés, Picoín, Cavia, Bonafoux, Fray Candil, Martínez Ruiz, etc.

EN PENSAM

- VI. Juan Valera. — *El pájaro verde. Por no fallar al respeto* (cuentos), ilustrados por Léal de Cámara y Parrilla.

Biblioteca Mignon

U. González Serrano.

SILUETAS

con retratos y autógrafos de

Revilla, Campoamor, Palacio Valdés,
Fray Candil, Clarín, Menéndez Pelayo,
Picoín, Cavia,
Bonafoux y Martínez Ruiz.



MADRID

EDICIONES MILLA, DIRECTOR
Palma Alta, Pº Bajío.

1899

099164

16669

~~1666~~

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

206070
CAPILLA DEL FONDSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTEGAS
Dep. de A. Jur. P. 12.

«Protégat del elogio es deseo de
ser dos veces leído.»

De LA ROCHA VACAQUILLO.
Sentencias et Maximas.
—OMEX.



MANUEL DE LA REVILLA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Este espíritu que halló para de lo más de él tiempo por
sus propios que que venidos y como ha pasado y por
la realidad que se una vez se venidos de los
vistos como han delirado y como en todos por los
de un día la para a la parados. por los por
de aflijidos; por los del espíritu en la forma
y porque han halla efecto de ellos a expensas de
la para, como a la que y como de la existencia
que no se como una de existencia. Aunque se
de los por los, pero se como en por los y por
que, de modo, y como por los se como se como.

Fragmento de una carta de D. Manuel de la Revilla.



Manuel de la Revilla.

Revilla, orador, crítico, polemista
notable y escritor tan clásico cuanto
se lo consentía su educación moder-
nista, adquirida en lecturas extran-

jerías, parece hoy ya anticuado, (tan de prisa se vive), quizá porque es poco conocido, tal vez por carecer, en su monótona y breve existencia, de lo aparatoso y externo, de los puestos oficiales, que son el señuelo de la fama... fama que á veces se amasa con infamias.

Con ser las obras que ha legado á la cultura patria (*Principios de Literatura, Bocetos literarios, Críticas, Estudios literarios, Estudio de Descartes, Dudas y tristezas, poesías*) muy estimadas, unas por su fin didáctico, otras por la perspicacia crítica que revelan y todas por el sano espíritu que las vivifica; con ser sus discursos polémicos muy sugestivos y eco fiel de la enjundia del saber y de los anhelos de la época, aún creemos que Revilla, el poeta melancólico, á ratos pesimista, que

el crítico severo, que el enfermo del ideal, puede ser estudiado en las condiciones de la vida íntima, que, bajo un aspecto frío, si desequilibraron al hombre, nos enseñaron á los que le tratamos las cualidades nada vulgares del individuo.

Una vida intelectual prematura (en nuestros días figuraría entre los llamados *intelectuales*) que, por lo precoz, se malogró, proyectando en la miseria fisiológica de Revilla la sombra negra de la insania; un estado de alma nunca adaptado al ambiente que respiraba; una inversión de los sentimientos, desviándose ríesolamente de los más puros afectos para ser víctima de perspectivas engañosas, y una voluntad quebradiza y oscilante que jamás se emancipaba del *insecum contemderam* de San Agustín, canalizan todo el ser de

Revilla dentro de cauces, si fértiles en sus márgenes, nunca fecundos al límite que hubieran podido serlo, de favorecerle, más que le favoreció, el medio.

El bloque primitivo inmejorable y su molde esquinado, los escasos éxitos amargados por sutilezas excesivas y la desigualdad casi inconmensurable entre el poder ideal y el sentido práctico, contribuyeron a que Revilla haya quedado en la penumbra, y entienda la generalidad que paga suficiente tributo a su memoria, declarando que fué hombre de buen talento, sin parar mientes en las exquisiteces de su idiosincrasia moral.

Fue algo más Revilla, y si mucho de lo que pudo no llegó a serlo, la deficiencia se ha de atribuir en parte al individuo y en parte también al

medio, que casi siempre le presentó, según frase vulgar, los santos de espaldas. Cuando alguien le decía que puede servir la Historia de escuela de escépticos, observando cómo se escribe la contemporánea, no creía aquel idealista empedernido que tal aserto había de verse algún día comprobado en la suya propia. Y así ha acontecido sin embargo.

El amor paternal estimuló irreflexivamente el talento peregrino de Revilla y convirtió al estudiante de los quince años, merced comercio frecuente con los entricopedistas franceses y con nuestra literatura de comienzos del siglo, en escéptico hecho de prisa, viejo débil y enclenque, mope y con resablos de infantilismo. A la vida de niño mimado siguió la de burgués aburrido, bajo la única dirección de una madre (su padre

murió pronto), si llena de buenas intenciones, buerfana de aciertos. Revilla, cual hidalgo venido á menos, retraído por su mediano pasar, con un afán de saber y un anhelo abstracto, que anticipadamente agostaron sus sentimientos más puros y rodearon su vida emocional de suspicacias y desconfianzas, cuando no de desencantos, aun para placeres no gustados, era víctima en su voluntad de lo que hoy se llama *aboulie*.

Sin más válvula de seguridad que el Ateneo (con plimento artificial de un hogar frío), donde discurseaba y ejercía entre algunos de sus admiradores especie de dictadura intelectual, parecía el paralítico que ve claro del hermoso símil de Schopenhauer, careciendo del ciego vigoroso (la voluntad), sobre cuyos hombros necesitaba subir para poder mover-

se y aumentar el alcance de su perspectiva.

Ante tales circunstancias, si complejas y en la apariencia diversas, concurrentes á un mismo fin, pues juntas ó separadas refrenaban la ya tímida espontaneidad de Revilla, no debe extrañar á nadie que se ensalce las dotes del ilustre crítico, poniéndolas más altas de lo que resultan en la obra por él cumplida, sin que aun los más benévolo para juzgarle se percaten de que dejan preteridas cualidades que no exteriorizó, pero que gallardamente ostentaba en los momentos de expansiones ingenuas y de espontaneidades candidas. Era mejor Revilla en sus intimidades que en el escenario. Se agigantaba aquel carácter infantil al sentir atenuada su grotesca fealdad física por la hermosura moral de su alma. Algunas

veces se apellidaba él mismo Cuasimodo, ridículo por fuera y sublime por dentro. ¿Por qué velaba tupidamente su fondo de bondad y exageraba las puntas de su carácter vicioso? Al exterior él era el primer crítico y también de su fealdad y á la vez con pudorosos y tupidos velos ocultaba su hermosura moral. Misterios que apenas podría presentir ni la psicología intuitiva del que infruidó vida perdurable á Hamlet.

La palabra de Revilla acerada, en ocasiones fría, á veces arrebatada y en todo momento atractiva y seductora, aun acompañada de una lógica de oípe y de la intención del que se pasa de listo y declina en cándido, servía de sustancioso ropaje á un razonamiento, cuando filosófico, cuando crítico, aquí creyente, allí escéptico y en definitiva más inge-

nioso que verdadero y más contradictorio que sistemático, por carecer de persistencia en su carácter.

Homo duplex. Dotado de una inteligencia penetrante, su talento parecía al exterior trivial y ligero; con afectos tiernos y delicados, pero sin la gimnástica que exigen, era considerado por las gentes alma de mármol y corazón insensible; sus predisposiciones al bien, que jamás le consintieron acompañar su acrisolada honradel, era tenido por inquieto, ambicioso y avieso. Y en su irreflexiva presunción, Revilla sacrificaba á un chiste cosas respetables, y aun inocentes; se hacía hipócrita del título. Con razón decía á veces que era él mismo su más temible enemigo. Padecía una obsesión la *causarria*, los diálogos en *petit comité*, las frases que cristalizan en sentencias ó en

sarcasmos. De él es la ya comentada: «España es una tribu con pretensiones.»

Pero *verba volant, scripta manent*. Revilla derrochó el capital de su gran saber y de su envidiable cultura. Adquirides el uno y la otra precocemente, sirviéronte con experiencias anticipadas para convertirte joven en viejo, y al llegar á la madurez de la vida para que broteran de su intelecto, no de su ruina fisiológica, voces sordas de una juventud retrasada, tanto más triste cuanto no había sido sentida ni vivida.

Cuando joven viejo, cuando viejo niño, siempre Revilla marchó, él que se preciaba de positivista, contra la ley de la adaptación, y pudo en su silenciosa y honda desesperación convencerse de que el proverbio francés:—«Si la juventud supie-

ra y la vejez pulfiera»...—encierra, como todo lo que va contra lo natural, ya sólo verdad aparente, ya nueva fuente de desgracias y contradicciones para el hombre. Revilla joven supo, y tal vez supo demasiada, pero no pudo utilizar su saber y vivió vejez prematura, esterilizando sus propias dotes y siendo, como él mismo decía, fiel imagen del *Hemistimorumenos*, del que se atormenta á sí mismo. Su empobrecido organismo le suministró soporte á una existencia sin vigor físico, de planta de estufa; su desequilibrio mental le impuso una vida inquieta y agostada en flor, más fértil que fecunda.

¡Cuánta verdad es que dentro del desorden existe un cierto principio de orden! ¡Cuán exacto es el paralelismo entre lo orgánico y lo mental!

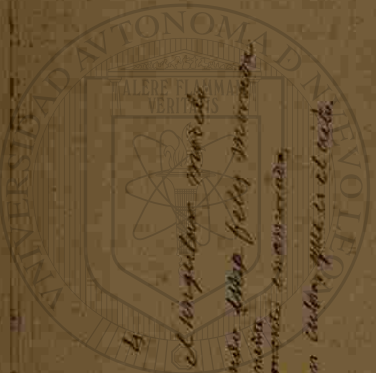
La perturbación de uno de los factores impone la perturbación del segundo.

Revilla, con su vida no adaptada al medio y con su temprana muerte, fué hombre malogrado, y por tanto, superior á su obra. Y mientras en el mundo haya algo más que lo útil y se juzgue de todo con criterio superior al usual del éxito, Revilla será estimado y respetado, tanto por lo que hizo y valió, cuanto por lo mucho que pudo hacer y valer.

R. DE CAMPOAMOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Se les varió el lenguaje modesto
para el
comunicar al mundo. Sus palabras
para ellos, en forma
apropiada, no llamaron su atención,
que
se han escrito con letras que es el acto.

Campoamor

26 de Abril de 1895.



R. de Campoamor.

Germinal, Revista malograda de la gente moza, y *Vida Nueva*, Semanario radical, estimaban al octogenario Campoamor como uno de los suyos y le consideraban más revolucionario que muchos pseudo-liberales, á pesar de que el insigne

autor de las *Doloras* ha sido y sigue siendo, quizá por el buen parecer, reaccionario y conservador. No pretendían, como humorísticamente decía el ilustre vate, que le llevasen a la cárcel a concluir su envidiable vejez; declaraban que el gran poeta, *dont l'Espagne est si justement fière*, contra su conservaduría y frente a sus aficiones a pasarlo bien y a sus hábitos de pereza, resulta un *agitador de ideas*.

Sin ser filósofo, ni didáctico (poeta docente), ni reflexivo, Camponator se preuda de la intuición plástica, del lenguaje por imágenes y proclama como dogma de su estética el arte por la idea.

De su filosofía (*El Personalismo y Le Absoluta*, dos *doloras* en prosa) formula el juicio zumbón de uno de sus administradores, que parece

pidió dichas obras, las que devolvió, diciendo: «La remesa de las Metafísicas del amo equivale a mandar expresiones, que es como no mandar nada».

De su afán didáctico protesta el excepticísimo (*el color del cristal con que se mira*) de todas sus poesías, que rabia de verse junto con el placido y bonachón aspecto de creyente, que de su exterioridad de burgues apacible irradia el pastoso Camponator.

De su criterio político, que acunó, refusingo la Fórmula del Progreso de Castelar y que confirmó con sus doctrinarios aristócratas, no se ha separado un ápice, sin llegar a la Meca, a la poltrona ministerial, porque nunca supo quitar motas, ni tomar aires de seriedad ridícula. No es de los que identifican la

seriedad aparatosa con el valer positivo de las gentes. Si le preguntaban: ¿Por dónde es usted diputado, Don Ramón?, contestaba, por Romero Robledo. Al argüirle que Cánovas le miraba con cierto desvío, añadía: «No me perdona haber divalgado su avanzada edad.»

De su ambición, dice: «Yo tengo el honor de despreciar la gloria y el dinero.» Quizá es esta declaración de las que carecen de ingenuidad (y cuidado si el gran poeta es ingenuo). «No he necesitado dinero nunca», repite y aun es creíble que lo haya despreciado siempre. Pero ¿la gloria! ¿despreciarla? que cándida mentira, aun aplicada á lo que llama la fama infame! la que convierte á Voltaire de príncipe de los hombres de talento en Dios de los imbecíles.

Campoamor, que es una sensitiva, ha soportado la censura; pero ¿agradarle? Jamás. Por evitar una crítica acerba era capaz de llegar hasta la injusticia consigo mismo. Para negar que había plagiado una poesía de Víctor Hugo, dijo que no sabía una palabra de francés, y no ha habido quien le arranque declaración en contra; porque, debilidad de los grandes!, quiere ante todo aparecer como hombre que nada sabe y que nada estudia... él, el gran poeta-psicólogo.

A través de su ortodoxia (garantida por la elegancia devota, que mezcla en el *bonair* el incienso á que huele el devocionario con la mostaza de las dolencias, apenas si podría caminar, sin grave riesgo, el ingenio sutil de Luis Scott. Las raíces del sensualismo práctico de Campoamor.

ahondan en el misticismo literario, pero, como todos los místicos, convierte lo religioso en la novela de lo infinito y habla de la religión del amor (*Los Grandes Problemas*) como el más emancipado de lo dogmático. No contradice, sino que confirma, la verdad innegable de que en todo místico late el germen de un heterodoxo. Carece Campoamor de la fe del carbonero, aunque «prefiere ir a misa a reñir con su mujer»; no le seduce la fe razonadora de Balmes, ni el celo ardiente de Fernán Caballero, ni la creencia militante de tanto obispo de levita; cree en la religión de la belleza, odia la demostración por anti-estética, y del cristianismo acepta la hermosa melancolía de su pesimismo, que concibe, pero que no siente, pues como dice en *Los Buenos y los Sabios*:

Vive con la manía
De maldecir de su propia estrella,
Y cual buen pesimista en teoría
Le va en la vida bien y habla mal de
[ella.]

Convierte Campoamor la fetericia moral del pesimismo, tinte gris de su grata existencia, en penumbras y contrastes para describir los flagrantes delitos de inconsecuencia de la gente *d'élite* (*Los Grandes Hombres, Afeminadas del Genio*) con una originalidad rayana en lo paradójico. Es él mismo una *paradoja de carne*, complaciéndose en darse aires de conservador y en verse evocado por los revolucionarios como portaestandarte de toda protesta.

¿Se engañan sus admiradores? ¡No! Campoamor, agitando ideas aun las más opuestas, es un poeta de cuerpo entero, es el POETA, y, por tanto, «testimon del hombre en general».

Cuanto en circunstancias dadas ha sentido la naturaleza humana, cuanto alguna vez ha hecho latir el corazón, otro tanto es la materia sobre la cual trabaja el poeta, apto para ser Anacreonte ó Angel Silesio, escribir trágica ó cómicamente y retratar un carácter elevado ó vulgar. Nadie puede impedirle ser moral, piadoso, cristiano, sin censurarle que no lo sea; verdadero espejo de la humanidad pone ante su vista cuantos sentimientos le agitan. Los grandes poetas hablan como ventrílocuos por la boca de las personas que representan ahora con el tono del héroe, después con la delicadeza del niño inocente, siempre con igual verdad y naturalidad; jamás son protagonistas de sus obras, ni lloran fe perdida, ni maldicen dudas que no se disipan.

De tan buena cepa es Campoamor. ¿Por qué han de acusarle alguaciles de la conciencia, cuando ésta es incoercible, si ha conseguido que sus audacias volterianas y su perfidia sean paladeadas hasta por los más timoratos? Ha sabido unir la candidez de la paloma con la astucia de la serpiente, administrando aun á los más ortodoxos el veneno (según otros, el tónico) de la duda en píldoras doradas. ¿Es ó no revolucionario: jefe político de la provincia de Castellón el 54, Campoamor conde al conde de San Luis, cuando le estimulaba á la reacción y á la arbitrariedad: «en esta provincia no hay temor de que el orden se altere, porque no tenemos ni un soldado». De Campoamor, que ha asistido y aún afortunadamente asistirá á la apoteosis de su gloria (y el inocente

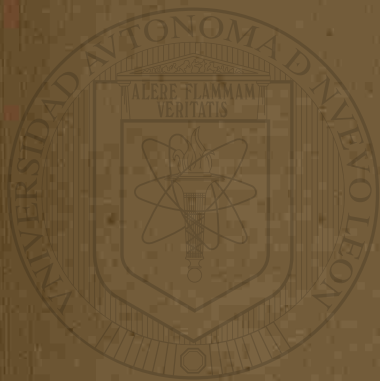
embustero, dice que la desprecia),
 no habla mal nadie, ni los muchos
 que le envidian. A su excelcitud
 como artista, añade la condición in-
 genita de la bondad. No tiene que
 esperar a no llenas hueco para que
 le llegue el período de las alabanzas.
 El coro general de ellas suena con-
 tinua y armoniosamente. Hace ya
 tiempo, Ayala, sintiendo la influen-
 cia de Campóans y viéndole tan
 descreído, no le quería tan bueno:

«Hombre, no inspires amor!
 Te lo ruego por Dios vivo,
 Haste malo por favor,
 Pues no serás tan nocivo
 En siendo un poco peor!»

A nadie extrañará que, cuando el
 Gran Anciano llega a la puerta de
 la librería de Fé, sin poder bajar de
 su coche, en busca de alguno de los
 muchos y muy sinceros admitado-
 res, que se complacen en saludarle,

se sombree su risueña fisonomía con
 el temor del Gran Misterio (la
 muerte).

Si alguno quiere animarle con pa-
 liativos *ad usum Delphini*, podrá
 contestar el inmortal Campoamor
 como Aristipo. Asustado éste de
 una tempestad, excitaba la risa de
 los ignorantes, que carecían ó apa-
 rentaban carecer de miedo, y Aris-
 tupo les decía: «Hay mucha dife-
 rencia entre lo que tenemos que
 perder.»



EMILIO BOBADILLA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

a nebulosa que prepara armonía y concierto para lo porvenir. Bien estudiado Bobadilla, es una lógica en acción; ama la verdad con amor intenso y siente el arte con un mirar hondo y una vista perspicaz.

Pensador de altos vuelos (darwinista convencido, que explica la síntesis humana mediante el suelo, el ambiente y la organización fisiológica), artista de veras, con la divina pereza de las gentes del Mediodía y la viril energía de una educación modernista y libre, nostálgico, con un pesimismo saludable, que desconfía de las flaquezas humanas y se enamora de las leyes inflexibles que impone a los fenómenos la lógica inmanente en el mundo, es ante todo un crítico. La variedad de medios en que ha vivido (New-York, Londres, París, Madrid), y la cultura

vastísima de que se nutrió con sus escogidas lecturas, han contribuido á que su existencia, abundante en vicisitudes tormentosas, tome cuerpo en un carácter complejísimo, á veces hasta contradictorio, como él mismo dice que debe ser el crítico.

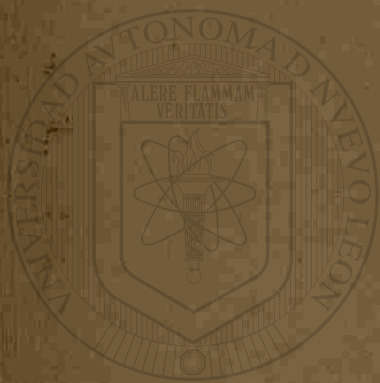
Sin ayuda de nadie, merced á su laboriosidad, ha construido poco á poco (*Baturrillos, Escaramuzas, Triquitraques, Capirrotazos, Solfes, Sátiras y críticas*) el edificio de su bien sentada reputación literaria. Critica cosas y personas con una severidad rayana en lo cruel; no se casa con nadie más que con la verdad tal como la entiende, y sus censuras severas (á veces injustas en el ardor de la polémica) le han proporcionado serios disgustos y no pocas enemistades.

Fray Candil profiere la plástici-

dad del desnudo á la hipocresía de los velos semi-púdicos, odia los eufemismos y presta fervoroso culto á la moralidad científica. Oaiga el que caiga (aun la propia personalidad) con tal de que triunfe la verdad. Encarándose con una de las reputaciones ya consagradas, llega al mismo Olimpo y nota, con el látigo de la más cruda sátira, á los de arriba: «Urge volar, dice, con la dinamita de la verdad tanta montaña de mentira como nos oculta el horizonte. No importa que estén en la cumbre. Puede que al caer alguno me aplaste. ¿Que más da? Las grandes fábricas suelen levantarse sobre un montón de cadáveres de obreros.»

Fmy Candil no se explica la *fenomena* en la crítica, antes bien se representa su misión como la de juez

inflexible. Sus cualidades de artista no amenguan sus condiciones de pensador, y entiende con Proudhon que «la justicia es el aspecto útil de la belleza.»

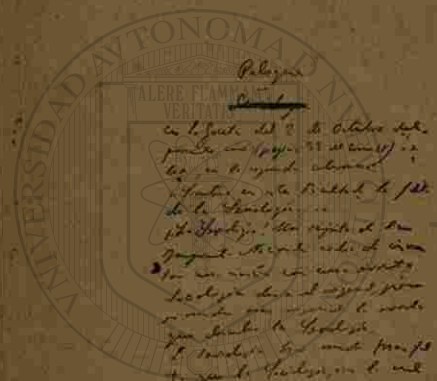


LEOPOLDO ALAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Palozca

~~Palozca~~

en la parte del 2 de Octubre según
 puede verse en el número 10 de
 la obra de Palozca, el cual
 se publica en una Brevedad de parte
 de la Universidad de León.
 El Sr. Palozca, en sus escritos, se
 propone dar a conocer al mundo
 lo que se sabe en esta parte.
 Palozca dice al respecto que
 se trata de un mundo que se
 que se sabe de Palozca.
 El Sr. Palozca, en sus escritos,
 se propone dar a conocer al mundo
 lo que se sabe de Palozca.

En la parte del 2 de Octubre según
 puede verse en el número 10 de
 la obra de Palozca, el cual
 se publica en una Brevedad de parte
 de la Universidad de León.



Leopoldo Alas.

Clara, con su hondo mirar y ver,
 con la balumba inmensa de su enci-
 clopédico saber, tiende á un Arc-
 Cristianismo, que, si empuñe
 su antigua y bien probada repre-
 sentación de escritor satírico, con ribe-
 tes de volteriano, agranda el hori-
 zonte de su pensamiento, cada vez
 más típico y personal. Tiene aquí-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciado *Mi Renán*. ¿Quién sabe si el *dilettantismo* del gran escritor francés será señuelo que ofrezca transitorio punto de desarrollo al que admite, como Clarín, espera casi indefinida en la investigación de la verdad eterna? No la abandona definitivamente su anheloso deseo, sino que toda idea nueva hace brotar en su mente especie de ansia de lo divino. Y efecto de su copiosa y escogida lectura, resulta Clarín uno de los escritores que más han agitado el mundo de las ideas.

Clarín es un crítico que, salvo sus apasionamientos por las personas y un cierto prurito de rodear de nubes densas de incienso a los dioses mayores (apenas si se ha atrevido con Nuñez de Arce), posee méritos inquestionables, que viene poniendo de relieve en todas sus obras. La

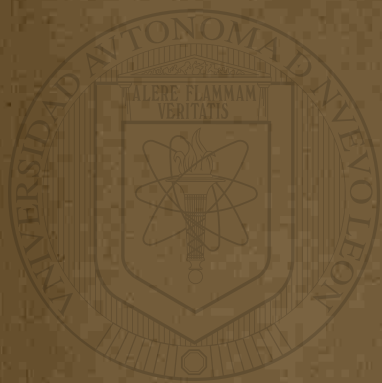
nota humorística es en el venero inagotable y que abundantemente sale de su pluma, creciendo en intencionalidad y belleza. De sus primeras críticas a sus *Paliques* de ahora, media un progreso evidente que por fortuna no ha llegado a su término. En empeños críticos de cierta seriedad no falta la nota humorística tampoco, pero en ellos aparece como incrustación avalonada por el alto vuelo de sus ideas sugestivas, y de lo grande a lo pequeño y de lo cómico a lo trágico, la substancia intelectual de su profundo talento se convierte en sinovia de un aparente y bello desorden en el razonamiento. Apunta la paradoja, no la descovyunta, ni violenta. Excede los límites de la crítica y entra en la esfera del pensador humorista. De ella sale y á ella vuelve, y sin detar que se

plegue la fisonomía, y que termine la sonrisa, obliga á francir el entrecejo y á concentrar la atención con sus hermosas audacias de *Psicología estética*. Pero hábil, como hombre del Norte, no bien ha excitado el gusto del paladar intelectual y estético, arrastra al lector (quizá con pensamiento preconcebido) hacia ideas más superficiales. Quiere seducir y no hacerse pesado; quizá prefiere, a dar la pimienta en grano, pulverizarla en su prosa. A veces el procedimiento resulta monótono y sin llegar al fastidio (*Clarín* sólo fastidia á aquel que fustiga), se repite mucho, falta propia, de todo aquel que cultiva la oratoria didáctica; que siempre descubre la oreja el maestro, verdad es que nunca llega, para honra suya, á dominar.

PALACIO VALDÉS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



A. Palacio Valdés.

Palacio Valdés, el pesimista tranquilo, sin temprar su amargura con la envidiable reputación literaria, que con justos títulos ha conseguido, delicado y sutil, semeja un desterrado de la ciudad ideal, que lleva dentro y no encuentra en ninguna parte.



Hastiado de la política, á la cual se sintió temporalmente atraído por los prestigiosos arranques artísticos de un gran orador, Palacio Valdés, que hizo sus primeras armas en la crítica humorística con *Oradores del Ateneo* y *Viaje al Parnaso*, se retiró de la polémica diaria, se consagró casi exclusivamente á su oficio de novelista, y en él continúa labor no interrumpida, concibiendo sus fábulas con la precisión característica de la gente del Norte y escribiéndolas con la transparencia rodeada de penumbras que tanto poder sugestivo presta á sus creaciones.

Dotado de una cultura nada vulgar, pensador sugestivo, podrá ser Palacio Valdés, como dicen los que cuidan de la filigrana del estilo, algo descuidado al escribir; pero con seguridad es artista de veras y obscr-

vador certero de la realidad de las cosas.

Solo en medio de la muchedumbre, con ecuanimidad al exterior, benévolo ó indiferente con los demás, se halla dotado de un equilibrio tan hermoso, que atrae y seduce. Clásico en el bloque primitivo de su idiosincrasia artística, siente la losa de plomo (*fatum renovado*) que sobre la inspiración hace pesar el determinismo empírico, tan en boga entre los naturalistas. Pero en vez de emplear la flor de sus energías en medir la gradación cuantitativa (cual el ritmo del pulso) de los titileos de la pasión ó de los espejismos que la suplantán, penetra en el hervor de vida de los afectos, los estudia en su desarrollo y, sin desconocer la fuerza ciega del instinto y la no menos imperiosa del medio, obliga

al individuo á rehacer sobre sí mismo, más que al conjuro de un *fiat miraculosum*, merced á motivos internos... energías sanas (reveladas al arrojar la sonda al océano interior) que echan plancha y tornó á los movimientos desenfrenados de la pasión.

Huyendo de los que transforman demasiado pronto el oxígeno en ácido carbónico y partidario del *solipsismo* inglés, cree Palacio Valdés acertadamente, que el individuo no puede luchar de frente con el medio sin riesgo de anularse; pero recuerda, y lo revela con el hermosa simbolismo del arte, que no son grano de anís las energías interiores. Vigorizado por ellas, el hombre no se nutre del medio, como el camaleón, rehace sobre matices que repugnan á su coloración, lucha con-

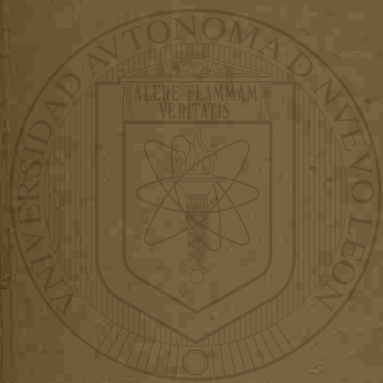
tra ellos, y si no los domina, se vence á sí mismo: combate heroico, en el cual sin triunfar, sin conseguir la gloria, se goza con la convicción de merecerla.

Semejante concepción artística autoriza para clasificar á Palacio Valdés entre los *intelectuales sin satanismo*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





MENENDEZ PELAYO

JUAN L


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUEVO LEÓN

¡Qué orgullo para el profesor cuando
se ve el nombre del Sr. Menéndez
Pelayo



Menéndez Pelayo.

Menéndez Pelayo ha comenzado por el fin. Académico (de todas las Academias), sabio, maestro, todo lo ha sido y todo lo es, y lo es, ¿a qué negarlo?, con perfecto y legítimo título; porque á esta cúpula de sus triunfos le ha puesto un pedestal macizo, de cal y canto, el de su bien nutrido es:

piritu crítico, en el cual ha hecho progresos visibles. Desde sus primeras y apasionadas (rayanas en lo injusto) polémicas con el malogrado Revilla, y desde su celebre *Historia de los Heterodoxos* hasta su *Discurso sobre la Historia* y su más valiosa obra *Historia de las ideas estéticas*, media un progreso evidente: de polo á polo van unas y otras producciones y en tan largo espacio rellenas están de un espíritu de investigación, pormenor y detalle, propios de un *studiosus avaro*.

Sabe Menéndez Pelayo *mirar y ver*. Quizá en el ver le falta alguna condición esencial del crítico, que es la de intentar (por lo menos) síntesis relativas de su misma cultura, corriendo á veces el grave riesgo de mirar y mirar y contar arbustos y árboles y no ver la selva. Pe-

ro ni aun esa falta puede señalarse como irremediable, pues si el talento de Menéndez Pelayo ha entrado de lleno en el periodo de su madurez, nadie se atreverá á asegurar que se halla al término de su desarrollo.

En lo que no tiene igual (al menos en nuestro país) Menéndez Pelayo es en saber mirar y ver el mundo clásico, cuya vida reproduce con una plasticidad que excede á todo elogio. Hombre de creencias macizas (quién sabe si con quiebras y grietas), cuando evoca el clasicismo parece un pagano. Lleva ese mismo espíritu comprensivo y aplicara esa misma amplísima perspicacia á otros estados de cultura y no hubiera intentado precipitadamente la traducción de Shakespeare. De ella ha desistido, y de su intento ha cosechado muchas y muy profundas ense-

ñanzas, en parte indicadas en sus conferencias sobre Calderón de la Barca. Percibe con suma facilidad el medio exterior, aprecia la ley de continuidad biológica que preside lo mental y que rige lo fisiológico; toma, en una palabra, el protoplasma y todas sus manifestaciones evolutivas con precisión; pero ¿por qué no ahonda aún más y se deja de contar árboles? ¿Por qué ha de ir de rama en rama y no ha de llegar al tronco y á la raíz? Tal vez para evitar acometer semejante empresa, que desde luego no es superior á sus fuerzas, huye premeditadamente de la crítica contemporánea.

El transcendentalismo de sus creencias va ya, por fortuna, reincidiendo en latitudinarismos que son nuncio venturoso de que en día no lejano

personifique Menéndez Pelayo, con su privilegiado talento, la tolerancia que imponen de consuno la razón y las costumbres.



JACINTO OCTAVIO PICÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El Centenario en la
República ha signi-
ficado un período que a ma-
yor gloria de la humanidad
pueda haberse pa-
sado por el mundo.
Una minoría en gran
parte se apropiaba del
Centenario a guisa
de un espectáculo reli-
gioso, peduando en el
nombre de la República
trampando en el orden
político, han conseguido
suprimir de cualidad
social.
Para remediarlo no
resta la buena fe.



Jacinto Octavio Picón.

Picón, el melancólico de idiosin-
crasia, fecundo en la concepción y
perezoso para producir, con cultura
general y técnica (en la crítica pictó-
rica es una autoridad), habita en un
mundo que puebla con las hermosas
creaciones de su espíritu. Sin decirlo

y aun sin pensarlo, vive la audaz afirmación idealista de Schopenhauer: «el mundo es mi representación».

La apacible y clásica serenidad de su estilo y el desvío de su pensamiento de todo radicalismo extremo (que odia sólo en sus manifestaciones antiestéticas) semejan la aparente tranquilidad olímpica (con sus dejos de indiferencia) de Goethe. En ambos late una intensa y viva lucha, la que mantiene toda alma noble que desinteresadamente se interesa por la verdad y la belleza.

Para Picón son los «Precursores» los que conciben que la «literatura contemporánea» estriba principalmente en la pintura de los costumbres y de su antagonismo más ó menos enérgico con los ideales eternos de justicia. Así es literato el propio Picón en todas sus estimables

novelas, y muy señaladamente en *Cuentos de mi tiempo*, maravilla de gusto y estilo y á la vez de vigor y vuelo en el pensamiento. El primero de ellos *La Amenaza*, es todo un poema...

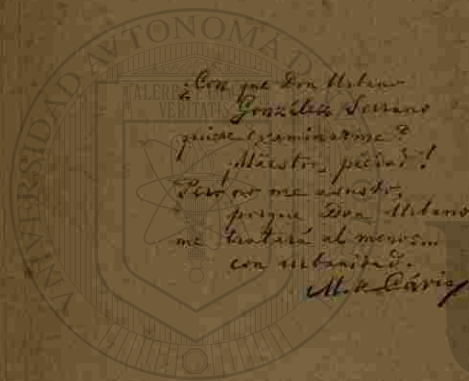
Pero el autor de *Dulce y Sabroso* si figura con justos títulos entre los precursores, es también de los que llegan por méritos propios. Le ha disputado ya la opinión unánime para formar entre Académicos é Inmortales. Se le anticipó imposición de la política menuda; pero no necesita dar aldabonazos á las puertas de la Academia. De par en par se las abre, según Cavia, la obra magistral que ha escrito últimamente sobre la vida y obras de Velázquez. Ganarán con ello la literatura y el arte y no perderá la justicia, de la cual tan necesitadas se deben sen-

tir las ya célebres elecciones de nuestro senado literario. Porque Piñón, con presentimientos que son penumbras del mundo inteligible, piensa y escribe como un maestro, pero sobre todo discurre y habla (en substanciosa e instructiva *conserrie*, no actúa de orador) como lo que es, como un *vir bonus uultus* que atrae cual si, según dicen los andaluces, tuviera ángel.

MARIANO DE CAVIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Con que don Urbano
González Serrano
quiere examinar me?
¡Máster, piedad!
Pero no me asustes,
porque don Urbano
me tratará al morro...
con urbanidad.
M. de Cavia



Mariano de Cavia.

Cavia, el gran humorista, nutrido de cultura clásica envidiable y a la vez modernista y del día, sin padecer daltonismos para percibir los matices de lo cómico, escribe a día

rio, y escribe muy bien, y suele pensar mejor.

Divorciado por sistema de la seriedad, aun para tratar de asuntos que no admiten lo cómico (pues se ocupa en los del día, que hace tiempo manan sangre), usa la *broma seria*, verdadera dolura en prosa, risa ebria de llanto. Sus bromas terminan en veras y sus tonos apocalípticos concluyen en punta.

No halla obstáculo en repetir que si aspirara á ingresar en la Academia, sería para meter en ella los toros. En los desplantes volterrianos (y fué, como Voltaire, discípulo de los jesuitas) con que matiza sus trabajos, se encuentra con frecuencia el acento y la idea del asceta. *Del otro mundo*. *Por el cable*, notas del día, páginas á vuelo-pluma, son toques y matices que recuerdan todo el vigor del más

severo ascetismo. Lo predica y aun lo practica, á pesar de sus empecatadas inclinaciones á la *bohemia*, revelando en sus críticas un perdurable sentimiento de justicia, que á veces le obliga á escribir y aun estimular á leer, riendo hacia afuera y horando para adentro, equilibrio inestable, que es la característica más acentuada de lo que se siente y se vive.

La cualidad que más avalora sus escritos, aun los compuestos repentinamente, es la fácil, pronta y rica asociación de las ideas, prueba palpable de lo macizo de su cultura y de la flexible plasticidad de su espíritu. Las antítesis, la oposición, la paradoja, son otros tantos choques del pedernal contra el acero, de los cuales hace saltar Cavia la chispa y la gracia, sin que oscurezcan el *leit-motiv* de la nota del día.

Burla burlando, Cavia deja adivinar, en su culto a *la grandeza de lo pequeño*, que si no acomete más grandes empresas es sencillamente porque no se le antoja.

La fuerza sugestiva de su envidiable talento y la habilidosa manera con que sabe estimular la sensibilidad más amortiguada, aun la casi nula de la opinión indiferente, se retratan en el artículo que todos recordarán del incendio (posible) del Museo del Prado, artículo que precipitó a medio Madrid (identificando la realidad con la visión) a presenciar y lamentar catástrofe que se percibía al conjuro de su pluma.

En ocasiones, cuando Cavia no descoyunta su humorismo, cuando no fuerza el chiste y escribe con gracia y sin chabacanería, personifica el buen sentido vestido de gala.

LUIS BONAFoux

Polemista intencionado, que menosprecia tanto producto de Lilliput como en el mundo brujulea, ha luchado contra todos, aun contra los que sobresalen, con pasiones africanas. Y ellas le han inspirado el acto hermoso y á la vez bueno de pagar con entusiasmo su cubierto en banquete dado para honrar á *Clarín* en la Redacción de *El País*, á *Clarín*, con el cual había reñido batallas, negándole el agua y el fuego. Debe pensar (al menos lo practica) que en el mundo no se cumple nada grandioso sin cierta dosis de pasión.

Bonafoux, intelecto que parece un manojo de nervios; todo lo lava y de todo escribe, dislocando á veces el chiste hasta rebasar lo más subido del color verde con una crueldad que se indigesta aun á los estómagos más fuertes.

Que escribe con descuidos lamentables, que á veces aborda cuestiones gravísimas y se escapa de ellas por la tangente, que sus desplantes no son razones, que su tono *boulevardier* resulta, por lo exagerado, exótico, son acusaciones que se le dirigen, en parte justificadas; pero él las explica diciendo que está convertido en una máquina *Singer* de hilvanar y coser artículos y crónicas al día para once periódicos. Podría añadir: *Necessitas caret lege*, á riesgo de que el futuro bachiller, atiborrado de siete años de latin, tradujera: «La necesidad tiene cara de hereje».



J. MARTÍNEZ RUIZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Los Michalges

I

La Hacienda

luchamos con los que nos,
por los que nos he-
mos amarrado la espina
Los Peleamos en Flandes,
en Italia, en Portugal,
en Francia, sometemos por
la ~~vida~~ guerra las
Américas Para oscuras a



J. Martínez Ruiz.

No sé quién es un señor Martínez Ruiz, que escribe artículos de costumbres en *El País*; pero quien quiera que sea, tengo el gusto de decirte que, en mi humilde opinión, si publica muchos trabajos como el titulado *Mi Crítico*, acabará por merecer que se vea en él una de

las pocas esperanzas de nuestra literatura satírica. Elogio tan espontáneo, debido a la autoridad literaria, tanto mejor cimentada cuanto más discutida, de *Clarín* (*Palique* de Enero de 1897 en *La Sarta*), coincide con la grata impresión que me produjo la lectura de *Anarquistas literarios*, primer folleto que publicó Martínez Ruiz.

Hijo de la región de Levante, joven, ensimismado y retraído del trato social, sin la exuberancia de expresión propia de la edad, con mirada penetrante, despierta cierta suspicacia al que por primera vez le observa. Se disipa la desconfianza, se le acepta como hombre sincero, cuando con frase cruda, pero en que resplandece la verdad verdadera, declara que «es un bohemio sin afiliación a los pleitos», porque en la jus-

ticia llamada histórica «hay unos hombres que llevan encajes en las mangas como las mujeres y que, como las mujeres, se venden por pedacitos de metal».

Solitario y aceta (ni bebe, ni fuma), con desvío creciente de los convencionalismos sociales, reflexivo y artista, M. Ruiz quizás declina en *misántropo*, entendiendo que el odio es un amor traicionado y que rechaza lo malo, lo injusto, y, sobre todo, lo falso y lo hipócrita. Su inquebrantable tenacidad (discute poco, pero no cede en su juicio sino convencido de veras), evoca el recuerdo de los lógicos impenitentes como J. Grave, que interin llega la nueva sociedad con que sueña, se declara ciudadano de ella en el heroico cielo de sus ilusiones.

Duro M. Ruiz en la sátira contra

los vicios que censura, encamina siempre su crítica con apariencias superficiales a lo substancial de las cosas. *Personal*, personalísimo en cuanto piensa y escribe, aunque se deje influir por el modernismo al uso, se lo asimila, comenzando por vivirlo. Dice todo lo que piensa y no gusta de ambigüedades ni rodeos (admira a tres escritores, en los cuales descubre tal condición: a *Clarín*, a *Bobadilla* y a *Bonafoux*). Su obsesión del socialismo, con ribetes de delirios anarquistas, parece denunciar al visionario, al místico del día. Parece que ha comenzado su educación íntima, personal, la suya, la que deja spoillar las páginas soporíferas del libro de texto y devora cuanto habla del *más allá* en la Biblioteca de un Convento.

¡Cuánta verdad es que, al tocarse

los extremos, en todo místico fermenta el germen de un heterodoxo! A uno de los más ilustres representantes del pensamiento libre en España (á Salmerón) le atribuía M. Nieto un cierto *tic* místico. En M. Ruiz las lecturas piadosas han producido especie de ascetismo secularizado.

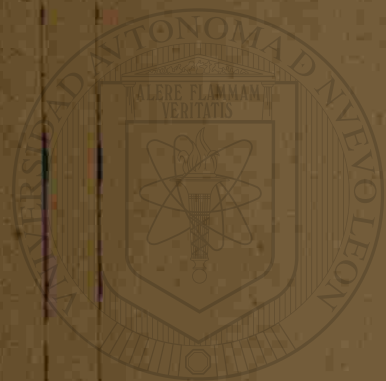
El traductor de Hamon (*De la Patria*) y de Kropotkina (*Las Prisiones*) no revela un espíritu batallador, pero si una tenacidad apasionada por dentro, fría en el aspecto exterior para la lucha, si incruenta, honda y persistente que libran las ideas en el intelecto. Pero (tome despectivamente, si gusta, mi consejo como síntoma de una vejez que avanza) lo dogmático es la *lex inversa* de lo mental y la ley de la tolerancia en lo práctico (de la circunspección científica en lo teórico) exige que la mis-

ma complejidad que se muestra en lo real se revele en nuestra concepción de ello. A veces lo exclusivo de la idea (cuando todas tienen, como la moneda, su anverso y su reverso) es un obstáculo para que obtenga prosélitos. Toda idea que busca expansión para hacerse viable, la alcanza en el grado en que lima sus asperezas.

Intransigente ó no, lógico ó *antifrático* ó inconsecuente á veces, Martínez Ruiz pone en lo que escribe toda su alma, exterioriza su interior, es todo él espontáneo. Su pensamiento y su estilo siguen la ley del proceso biológico; el *entendermo* se denuncia en el *manifestarismo* ó inversamente.

¡Qué hermosa transparencia la que presta M. Ruiz, con su percepción á distancia, á la caliginosa atmósfera que nos rodea de cullemismos, se-

miv verdades, argucias, circunloquios y sofismas, con los cuales se explota hasta el decantado patriotismo guerrero!... Protesta de todo; si con razón ó sin ella, habrá de decirlo quien le lea y le juzgue con la misma sinceridad con que él escribe.



INDICE

	Págs.
Manuel de la Revilla	9
Ramón de Campoamor.....	23
Emilio Bobadilla.....	37
Leopoldo Alas.....	45
A. Palacio Valdés.....	51
Menéndez Pelayo.....	59
Jacinto Octavio Picón.....	67
Mariano de Cavia.....	73
Luis Bonafoux.....	79
J. Martínez Ruiz.....	88

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



no 60



SIDAD AUTÓNOMA
CCIÓN GENERAL

BUCA
P
G